



El vocativo en la interacción escritor-lector

John Jairo Gómez Montoya

Universidad de Antioquia – Medellín, Colombia

jairgo15@yahoo.es

Resumen

En este artículo se hace un breve análisis de las funciones sintácticas y discursivas que cumple el vocativo en la lengua española. Se parte de una revisión de los antecedentes del fenómeno, desde la gramática latina, de la cual es heredero nuestro vocativo, pasando por la sintaxis española, hasta los análisis del discurso contemporáneos. De este último campo teórico se retoman los aportes de la teoría de la cortesía, en especial los estudios sobre el papel de las formas de tratamiento en la producción de la imagen. Finalmente, con estos conceptos se analizan los hechos lingüísticos: un mínimo corpus de vocativos tomados de diversos textos literarios. Con esto se pretende examinar cómo influye el uso del vocativo en la creación de una relación especial entre el autor y su privilegiado interlocutor: el lector.

Palabras clave: funciones sintácticas, funciones discursivas, vocativo, teoría de la cortesía, interacción escritor-lector.

Abstract:

In this paper we present a brief analysis of the discursive and syntactic functions met by the vocative in Spanish. First, we will review the antecedents to the problem, from the Latin grammar, from which our vocative derives, to the contemporary discourse analysis and the Spanish syntax. From discourse analysis we take the contributions of Politeness theory, specifically the study of the functions of politeness formula in image production. Finally, and taken into account these concepts, we analyse linguistic facts: a basic vocative corpus issued from various literary texts. Thus, we intend to examine the way in which the use of the vocative determines the creation of a very singular relationship between the author and his privileged interlocutor: the reader.

Key words: discursive functions, syntactic functions, vocative, politeness theory, interplay writer-reader.

1. Introducción

El objetivo de este trabajo consiste en realizar un breve examen de las funciones gramaticales y discursivas que cumple el vocativo en nuestra lengua, en un ámbito específico: en la relación textual que se establece entre el escritor y el lector. Para estudiar esta relación, tomaré y analizaré como hechos lingüísticos una lista de vocativos empleados por varios escritores en textos literarios. Mi interés al realizar este ejercicio es observar el fenómeno interaccional, especialmente el de la cortesía, entre el hablante (el escritor) y el oyente (el lector).

Aunque este estudio parte de las definiciones gramaticales sobre el vocativo, su interés es fundamentalmente discursivo, ya que se pretende comprobar la validez que tienen, en el campo elegido, algunos conceptos de la teoría de la cortesía, en particular el papel que cumplen las formas de tratamiento en la producción de la imagen (*face work*) y en la relación de cortesía del hablante hacia el oyente, bien sea una cortesía positiva (FFA: *Face Flattering Acts*: actos agradadores de imagen), o una cortesía negativa (FTA: *Face Threatening Acts*: actos amenazadores de imagen), según la terminología acuñada por Brown y Levinson y adoptada por Kerbrat-Orecchioni. En esta dirección, me apoyaré, fundamentalmente, en el estudio realizado por Verónica Edeso Natalías, titulado: “Usos discursivos del vocativo en español” (2005), en el cual la autora expone los usos discursivos del vocativo en la lengua española, integrándolos al campo de la teoría de la cortesía y proponiendo otros usos no considerados ni por esta teoría ni por la gramática.

En las muestras que he elegido, intentaré identificar los usos del vocativo que distingue Edeso Natalías. Pero, además, trataré de dar un paso adelante en el estudio del fenómeno, valiéndome de otra corriente de pensamiento: la teoría del lector modelo de Umberto Eco, como éste la presenta en las *Apostillas a El nombre de la rosa*, especialmente en el capítulo titulado: “*Construir el lector*”. La teoría del lector modelo propuesta por Eco, confrontada con ciertos usos del vocativo en algunos autores, nos permite reconocer un uso discursivo del vocativo no incluido en los usos que propone Edeso Natalías, aunque tiene cierto parentesco con uno de ellos: se trata de lo que llamaré el *vocativo modelador*, por referencia a la teoría de Eco.

2. Antecedentes

Como suele suceder en los fenómenos lingüísticos, la concepción actual sobre el vocativo es el resultado de la historia de la lengua y de la evolución de la teoría. Por tal razón, es conveniente describir algunos momentos claves de ese proceso, con el fin de entender mejor las recientes conceptualizaciones del fenómeno.

2.1 El vocativo en la gramática latina

Como sabemos, la lengua latina era una lengua declinable, es decir, una lengua cuyas formas nominales sufrían cambios en su morfología para marcar los casos que estas cumplían en la oración. Uno de esos casos era el vocativo. Así lo definen las gramáticas latinas:

-“*Llamada, invocación o vocativo*: es un sustantivo mediante el cual se hace una exclamación” (Christiny, 1993: 12).

-“...en lo general, el vocativo tiene la función de *índice de llamada*: *Mi frater, mi frater, mi frater...* “hermano mío, hermano mío...” (Cic. Ad. Quintum, I, 3, 1)”. (González M., 1940: 338)

-“I) Caso de la persona interpelada: *Tu quoque, fili mi!* = ¡Tú también, hijo mío!

II) Caso del aislamiento, énfasis: *O fortunate adulescens!* = ¡Oh afortunado joven!” (Fernández C., 1993: 115).

Como vemos, el vocativo latino correspondía a la función apelativa (la llamada) y a la función expresiva (las invocaciones y exclamaciones). Debe tenerse en cuenta que, salvo en una de las cinco declinaciones – la segunda -, la desinencia propia del vocativo era la misma del nominativo, lo cual contribuía a la asimilación de ambos casos en uno solo. Esto explica que algunas gramáticas refieran otro uso del vocativo: *sustitución del nominativo*: “*Quibus ab oris, Hector, expectate venis?* = ¿De qué parajes vienes, añorado Héctor?” (Fernández , 1993: 115).

2.2 El vocativo en la gramática española

Es interesante notar que en nuestra lengua se ha conservado no solo la función del vocativo latino, sino también la designación *-vocativo-*, a diferencia del resto de casos de la declinación latina, cuya nomenclatura desapareció de la gramática española, excepto en los estudios sintácticos, en que se recurre, a veces, a dicha nomenclatura para comparar una función sintáctica y el caso latino análogo. Por ejemplo: complemento directo = *acusativo*, complemento indirecto = *dativo*, etc. Sin embargo, el vocativo español no constituye un caso, como el vocativo latino, sino un elemento de carácter extraoracional, aunque también corresponde, como el latino, a la función apelativa del lenguaje. Se considera al vocativo español un elemento extraoracional puesto que no se halla vinculado orgánicamente a la estructura de la oración. Cumple un papel periférico, similar al que cumplen el *tópico* o *tema*, los *marcadores discursivos* y el *atributo oracional*. Así lo define Gili Gaya:

“El vocativo no es complemento de ninguno de los componentes de la oración, ni guarda con ellos relación gramatical alguna. Por esto va sin preposición. Los vocativos son, como las interjecciones, palabras aisladas del resto de la oración por medio de pausas, refuerzo de intensidad y entonación especial en el lenguaje hablado, y de comas en el escrito. Pertenecen a la función apelativa del lenguaje.

“El vocativo es el nombre de la persona o cosa personificada a quien dirigimos la palabra. No suele llevar artículo ni demostrativos, pero sí posesivos: *Juan, abre la puerta; ¡cielos, ayudadme!; ¡Óyeme, Dios mío!* Puede ir acompañado de interjecciones: “*Para y óyeme, ¡oh soll!, yo te saludo*” (Espronceda)”. (Gili y Gaya, 1961: 214)

De la anterior definición se puede deducir que en torno al vocativo coinciden la sintaxis y el análisis discursivo, especialmente el dedicado al fenómeno interaccional, ya que, como dice el autor, el vocativo es el nombre con que tratamos a nuestro interlocutor: es una forma de tratamiento. No carece de importancia porque sea un

elemento extraoracional, periférico respecto a la estructura de la oración; por el contrario, su importancia reside justamente en esa condición marginal, por hallarse “afuera” de la oración, allí donde gravitan todos los factores lingüísticos y extralingüísticos que configuran el contexto, el sentido y el campo interaccional entre el hablante y el oyente.

2.3 El vocativo en la teoría de la cortesía

En este punto es necesario destacar la contribución de Verónica Edeso Natalías, quien, en el ensayo citado, se opone a la reducción del vocativo a la función apelativa. Según la autora, este elemento lingüístico cumple otras funciones discursivas que sirven “para reforzar o mitigar la enunciación en la que se inserta” (Edeso, 2005: 126). Aquí la autora coincide con Gili y Gaya, para quien...

“El vocativo (...) en medio o al fin de la oración es casi siempre enfático; su papel suele limitarse a reforzar la expresión o a suavizarla, según los matices que la entonación refleje”. (Gili y Gaya, 1961: 214).

Entre esas otras funciones discursivas que Edeso le atribuye al vocativo aparece la relativa a la cortesía. Dice la autora:

“A nuestro juicio, el vocativo se emplea en el discurso, básicamente, para indicar cortesía, ya positiva, ya negativa; para expresar autorreflexión por parte del hablante; y para tratar de implicar al alocutario en las palabras del emisor”. (2005:126).

La idea de cortesía en que se basa la autora proviene de Beinhauer, quien la define como:

“...esa deferencia hacia el interlocutor en el más amplio sentido de la palabra...”. (Beinhauer, citado por Edeso, 2005:127).

Asimismo, la autora acoge la posición de Haverkate acerca de la imposible neutralidad de los actos de habla. En efecto, dice Haverkate:

“...ningún hablante, cualquiera que sea su lengua materna, es capaz de expresarse de forma neutra; sus locuciones son corteses o no lo son...”. (Haverkate, citado por Edeso, 2005: 127)

A continuación, Edeso Natalías evoca de nuevo a Haverkate para establecer la diferencia entre los “actos de habla inherentemente corteses” y los “actos de habla no corteses”. A los primeros corresponden los saludos, los agradecimientos, los cumplidos y las disculpas; a los segundos, los actos asertivos y directivos:

“Actos de habla no corteses, negativos: son aquellos “cuyo objeto ilocutivo no sirve para beneficiar al interlocutor”: la aserción y la exhortación, actos que no sirven para comunicar cortesía intrínseca”. (Haverkate, citado por Edeso, 2005: 127)

La autora también recurre al enfoque de Kerbrat Orecchioni, quien, inspirada en la teoría de Brown y Levinson, plantea que:

“...todo acto de habla puede ser descrito como:

- FTA (*Face Threatening Act*): acto amenazador de imagen.

- FFA (*Face Flattering Act*): acto agradador de imagen.

- O como un complejo de ambos componentes”. (Kerbrat Orecchioni, citada por Edeso, 2005: 128).

En consecuencia, la autora plantea que el vocativo puede reforzar la *cortesía positiva* cuando está inscrito en FFA, o mitigar o atenuar la *cortesía negativa* cuando pertenece a FTA.

En el primer caso, el vocativo transmite y refuerza la cortesía positiva cuando participa en actos de habla que favorecen o agradan la imagen del oyente, tales como saludos, despedidas, agradecimientos, cumplidos, felicitaciones, ofrecimientos, disculpas. Este efecto positivo puede intensificarse mediante vocativos que sugieren una carga afectiva especial, bien sea por su morfología (los diminutivos, los hipocorísticos) o por su semantismo (*amigo, preciosa*, etc). Por ejemplo:

“Perdóname, *monina*.

“Gracias, *Mely, preciosa*; no esperaba menos de ti.

“*Luquitas, guapo*, muchas gracias.

“Gracias, *amigo*”. (Edeso, 2005: 130).

En el segundo caso, el vocativo atenúa o suaviza la cortesía negativa que transmiten los actos de habla que no favorecen ni agradan la imagen del oyente o que no son corteses con éste, como sucede en las aserciones, las exhortaciones, las órdenes, las peticiones, y en los actos vejatorios, como los reproches, las críticas, las reprimendas, etc. Ejemplos:

“*Padre*, que me dé usted treinta pesetas.

“¡Párate ahí ya, *hija mía*, no te me embales ahora, por favor!

“Anda, *Pauli, lucero*, ráscame la espalda un poquito

“¡Ay, qué antipático, *chico*!

“Parece hasta mentira, *Mauricio*, que abuses de esa manera con tu hija

“Pero, entra, *Marita*; no seas boba”. (Edeso, 2005: 135-136).

Pero, según la autora, además de indicar cortesía positiva o negativa, el vocativo puede cumplir otras dos funciones discursivas: la autorreflexión por parte del hablante y la implicación del oyente en el punto de vista del hablante.

El vocativo autorreflexivo

En este caso, la función del vocativo es revelar una actitud autorreflexiva del hablante en actos de habla que expresan juicios de valor, duda, ignorancia, constatación, sorpresa, invocación o imprecación. Ejemplos:

“*Chica*, es una delicia andar en moto.
 “*Hombre*, pues qué sé yo.
 “*¡Chico*, qué calor hace!
 “*¡Ay Dios mío, Señor!*” (Edeso, 2005: 137).

El vocativo implicativo

Finalmente, la autora distingue un uso del vocativo mediante el cual el hablante trata de implicar o involucrar a su interlocutor en su punto de vista. En este caso, se advierte con claridad la función persuasiva del vocativo. Sin embargo, la autora afirma que este uso del vocativo también puede presentarse en el caso inverso, es decir, cuando el hablante se identifica con el punto de vista del oyente. Ejemplos:

“Si lo bueno no hace nunca daño, desengáñate, *Nineta*.
 “¿Qué le decimos a su madre, *Daniel*?
 “Mira, *Fernando*, vamos a dejarlo, si tú quieres.
 “¿Ves cómo son, *Zacarías*, ves cómo son?
 “¿Tú ves esto, *Lucita*? Este hombre no está bien de la cabeza.
 “Ya te entiendo, *Nineta*...” (Edeso, 2005: 138-139).

2.4 La teoría del lector modelo de Umberto Eco: implicaciones para el estudio del vocativo

En las *Apostillas a El nombre de la rosa* y específicamente en el capítulo titulado “Construir el lector”, Umberto Eco expone su teoría del lector modelo, la cual ya había planteado en obras previas, como *Lector in fabula* y *Obra abierta*. Creemos que de esta teoría se desprende no solo una imagen del lector ideal, sino también un tipo de relación o de interacción entre el autor y su hipotético lector. Por lo tanto, conviene examinarla, por lo menos en sus aspectos esenciales, debido a que el autor, animado por ese ideal de lector, podría hacer un uso del vocativo que, tal vez, no se ajusta cabalmente a los otros usos registrados antes.

En el capítulo citado, Eco parte de una pregunta: ¿para quién se escribe? Su respuesta es categórica:

“Se escribe pensando en un lector”. (Eco, 1985: 53)

Luego compara la situación del escritor con la del pintor que pinta su cuadro pensando en el futuro espectador y en la mirada que éste tendría que dirigirle al cuadro cuando se halle expuesto, colgado en la pared. Enseguida, Eco agrega una noción clave en su teoría: la de *diálogo*:

“Cuando la obra está terminada, se establece un diálogo entre el texto y sus lectores (del que está excluido el autor). Mientras la obra se está haciendo, el diálogo es doble. Está el diálogo entre ese texto y todos los otros textos escritos antes (sólo se hacen libros sobre otros libros y en torno a otros libros) y está el diálogo entre el autor y su lector modelo”. (Eco, 1985: 53)

El sentido dialógico de la obra prevalece, entonces, tanto durante su ejecución como después, cuando ha sido concluida y se halla en manos de los lectores.

Más adelante, Eco precisa su ideal de lector. No se conforma con la afirmación inicial: “Se escribe pensando en un lector”. Define el atributo de ese lector: no es cualquier lector; no es el lector que ya espera en el mercado, el lector que ha sido fabricado por la industria editorial y la propaganda, sino un nuevo lector, el que el autor desea crear: su *lector modelo*:

“...escribir es construir, a través del texto, el propio modelo de lector”. (Eco, 1985: 54)

Estas ideas sobre la obra y la lectura no son especulaciones del autor, sino reflexiones acerca de su experiencia en la escritura de su novela *El nombre de la rosa*. Eco habla, simultáneamente, de lo que fue la construcción de su obra y de su lector ideal:

“¿Qué lector modelo quería yo mientras escribía? Un cómplice, sin duda, que entrase en mi juego. Lo que yo quería era volverme totalmente medieval y vivir en el Medioevo como si fuese mi época (y viceversa). Pero al mismo tiempo quería, con todas mis fuerzas, que se perfilase una figura de lector que, superada la iniciación se convirtiera en mi presa, o sea en la presa del texto, y pensase que sólo podía querer lo que el texto le ofrecía. Un texto quiere ser una experiencia de transformación para su lector”. (Eco, 1985: 56)

En conclusión, la teoría de Eco, tanto por el carácter dialógico que le atribuye a la obra y a la relación (interacción) textual que ella establece entre el autor y lector, como por la imagen del lector que el autor pretende construir, nos permite afirmar que para la obra literaria también es válida la diferencia que estableció Kerbrat Orecchioni, basada en las tesis de Bateson y los teóricos de Palo Alto, respecto a la comunicación entre el hablante y el oyente: en todo enunciado o acto comunicativo intervienen dos niveles:

el *contenido referencial* (factor transaccional) y la *relación* (factor interaccional). La teoría del lector modelo de Eco coincide, en buena medida, con lo que dice Kerbrat-Orecchini acerca de los enunciados en el nivel de la *relación*:

“...ils contribuent à instituer entre les interactants un lien socio-affectif particulier”. (“...contribuyen a establecer un lazo socioafectivo particular entre los interlocutores”). (Kerbrat-Orecchioni, 1990:9).

El vocativo modelador

En consecuencia, es necesario distinguir un uso especial del vocativo cuando obedece a la imagen de lector que el autor quiere forjar. Propongo llamarlo *vocativo modelador*, por su derivación del adjetivo que Eco asigna a su lector. Aunque este vocativo tiene cierta semejanza con el *vocativo implicativo* propuesto por Edeso Natalías, no es idéntico a él, ya que corresponde a un plan de obra en el campo textual, como un recurso de una estrategia textual de largo alcance, a diferencia del uso más bien espontáneo e informal del vocativo implicativo.

3. Análisis de las muestras

Las muestras han sido tomadas de obras literarias (novela, ensayo y poesía) de tres escritores de lengua española: Cervantes, Borges y Sábato, y uno de lengua italiana (en su versión española): Umberto Eco. En vista de que los vocativos correspondientes a cada autor pertenecen a una misma obra, me parece conveniente analizarlos por separado, es decir, por autor. En cada caso presentaré el vocativo, el contexto, la fuente y el análisis.

3.1 De Miguel de Cervantes

(1) *Desocupado lector*: “*Desocupado lector*, sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y discreto que pudiera imaginarme”. (Cervantes: 1990: 27).

(2) *Lector carísimo*: “Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, *lector carísimo*, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres, pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que debajo de mi manto, al rey mato”. (Cervantes: 1990: 27).

(3) *Lector suave*: “...quise hacer este prólogo, en el cual verás, *lector suave*, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso don Quijote de la Mancha...” (Cervantes: 1990: 31).

(4) *Lector ilustre, o quier plebeyo*: “¡Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, *lector ilustre, o quier plebeyo*, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo Don Quijote, digo, de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona!”. (Cervantes: 1990: 435).

(5) *Lector amigo*: “Y si este cuento no le cuadrare, dirásle, *lector amigo*, éste, que también es de loco y de perro:...” (Cervantes: 1990: 436).

En los cinco vocativos que usa Cervantes para dirigirse a su lector, podemos constatar la validez de las hipótesis de Edeso Natalías: aquí el vocativo es mucho más que una simple llamada al lector. En todos los casos se advierte la presencia de una carga expresiva que, parodiando a Kerbrat-Orecchioni, *trata de establecer un lazo socioafectivo particular* entre el escritor y el lector. Salvo en un caso (5), en ellos predomina la *cortesía positiva*, ya que están inscritos en enunciados o actos de habla que significan:

-Un saludo al lector o su reconocimiento, ya que inauguran el relato y la relación, como sucede en (1), que marca el inicio de la primera parte de la obra, y en (4), que inicia la segunda y última parte de *Don Quijote*.

-Una disculpa o concesión al lector en (2), puesto que el autor evita causarle a éste la molestia o la cortesía negativa que implican para el oyente las peticiones y las súplicas: “no quiero... *suplicarte* casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, *lector carísimo*, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres...”

-Un buen augurio o la promesa de algo gratificante para el lector en (3): “...verás, *lector suave*, la discreción de mi amigo..., la buena ventura mía... y el alivio tuyo...”

- Un cumplido y un gesto ecuaníme en (4): “...con cuánta gana debes de estar esperando ahora, *lector ilustre, o quier plebeyo*, este prólogo...” El cumplido se manifiesta en el reconocimiento del interés del lector; la ecuanimidad, en la aceptación del lector sin que importe su condición u origen social, como si Cervantes dijera: *te hablo a ti lector, ya seas ilustre o plebeyo*. (La palabra *quier* es apócope de *quiere*: forma desusada que funcionaba como conjunción distributiva, equivalente a *ya o bien*).

En cuanto al semantismo de los vocativos empleados, también se verifica la validez de las hipótesis de Edeso Natalías. En todos los casos, Cervantes eligió vocativos que, al margen de la fuerza ilocutiva de los enunciados a los que pertenecen, transmiten por sí mismos cortesía positiva, a veces de manera desconcertante para nuestros hábitos lingüísticos. Un caso especial lo constituye el vocativo “lector suave”, el cual podríamos considerar, junto con “desocupado lector”, como ejemplos de lo que hemos llamado el *vocativo modelador*. ¿Qué significa un “lector suave”?

El significado que habitualmente le asignamos al adjetivo ‘suave’ corresponde a la primera y segunda acepciones que nos ofrece el diccionario de la RAE: “1. Liso y blando al tacto, en contraposición a tosco y áspero. // 2. Blando, dulce, grato a los sentidos”. (RAE, 2006: 1386). Pero estas acepciones no le convienen al sustantivo

lector o, por lo menos, al tipo de lector al cual se dirige Cervantes, ya que nada nos autoriza suponer que Cervantes se refería a un lector de “blandos modales”, “grato a los sentidos”. Aquí se produce el desconcierto del lector, quien se ve obligado a explorar en el depósito semántico de la lengua otra acepción del adjetivo ‘suave’ que le permita comprender el sentido de ese vocativo, es decir, en qué lector pensaba Cervantes al escribir su obra, cuál era su lector ideal, su lector modelo. Y hallamos otras dos acepciones de ese adjetivo que, aunque no parecen extrañas cuando califican, por ejemplo, a un sonido, un tono o una temperatura, resultan inquietantes atribuidas al sustantivo lector: “3. Tranquilo, quieto, manso. *Habló en tono suave.* //4. Lento, moderado. *Cocinar a fuego moderado*”. (RAE, 2006: 1386). Ahora podemos suponer que Cervantes imaginaba a su lector en la tranquilidad o quietud de su espíritu, ajeno al ruido y a las agitaciones de la vida cotidiana, sumergido en la lenta lectura. Esto no deja de ser una mera interpretación; sin embargo, tal vez no carezca de sentido si tenemos en cuenta la actitud que demanda la lectura de un libro como *Don Quijote*, no sólo por su extensión, sino por el rigor y el nivel de su lenguaje.

Lo dicho respecto al vocativo “lector suave” es válido, en general, para el vocativo “desocupado lector”, ejemplo excepcional del vocativo modelador. En torno a él se podría desarrollar una teoría de la lectura, y, por lo tanto, del lector. Creemos que en ese vocativo no existe solamente un contenido referencial, la designación de una cualidad que todo lector de *Don Quijote* debe tener: la desocupación, la ociosidad. “Estar desocupado”, en este contexto, es tener el tiempo y la voluntad para dedicarse al ocio, al lento placer de la lectura. Más que reconocer esa cualidad implícita en cualquier lector de *Don Quijote*, el vocativo incita al lector a que la adquiera, como si fuera un requisito: *si no estás desocupado, no entrarás en mi reino*. Hay una elegante y cortés arbitrariedad en ese vocativo.

La cortesía positiva que transmite el vocativo “lector carísimo” depende de dos factores: del semántico, por el significado del adjetivo base - *caro*: amado, querido, de alto valor en sentido afectivo -, y del morfológico, por el valor superlativo que adquiere el adjetivo base al añadirsele el sufijo *-ísimo*. Por último, en el enunciado (5) encontramos un ejemplo de *cortesía negativa*. En este enunciado, el vocativo “lector amigo” atenúa o mitiga un acto de habla no cortés, una petición o exhortación, marcada por el futuro de mandato, con valor de imperativo (equivalente a ‘dile’): “Y si este cuento no le cuadrare, *dirásle*, lector amigo, éste, que también es de loco y de perro:...” El narrador le pide a su imaginario lector que, si llega a conocer al autor del segundo o apócrifo *Don Quijote*, le refiera cualquiera de los dos cuentos, el que acaba de contar o el que se dispone a contarle, mediante los cuales el narrador quiere defenderse de los agravios que aquel otro autor le causó con la escritura del falso *Don Quijote* publicado en Tarragona. Debemos subrayar que la atenuación del acto de habla no cortés favorece la carga semántica del segundo término de la frase vocativa: ‘amigo’, el cual sugiere un lazo afectivo e incluso complicidad entre el autor y el lector.

3.2 En Borges:

(6) *Tácitos amigos*: “Soy, tácitos amigos, el que sabe / Que no hay otra venganza que el olvido / Ni otro perdón”. (“Soy”. *La rosa profunda*). (Borges, 1994: v.3., 89)

(7) *Lector*: “Dios te libre, lector, de prólogos largos. La cita es de Quevedo...” (“Prólogo”. *El informe de Brodie*). (Borges, 1994: v.2., 401)

Es paradójico registrar un escaso número de vocativos dirigidos al lector en la obra de Borges, si tenemos en cuenta la importancia que tiene la cortesía en su obra. Este hecho tal vez se deba al estilo austero y sobrio del autor, al tono impersonal que prevalece en su prosa y en su poesía. Esto no significa ausencia de cortesía en su obra, sino la presencia de formas indirectas de la cortesía, como lo atestigua la dedicatoria de su primer libro de poesía, *Fervor de Buenos Aires*:

“A quien leyere:

Si las páginas de este libro consienten algún verso feliz, perdóneme el lector la descortesía de haberlo usurpado yo, previamente. Nuestras nada poco difieren; es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios, y yo su redactor”. (Borges, 1989: v.1, 15)

Notemos la forma neutra como el autor alude a su eventual lector: en lugar de usar un vocativo, recurre a la forma generalizante “*a quien leyere*”, que no constituye, por su forma lingüística, un vocativo, sino una oración subordinada sustantiva con función de complemento indirecto, con oración subordinante tácita (subordinación mental), introducida por la preposición *a* y el llamado pronombre relativo de generalización. Aunque aparece el sustantivo ‘lector’, este no cumple, en sentido estricto, la función de vocativo, sino de sujeto potencial o cuasisujeto de una forma verbal imperativa: “*perdóneme el lector la descortesía...*”, equivalente a una oración en la que bien podría haber aparecido la forma vocativa, en un estilo más personal, con mayor carga afectiva: “*perdóneme (o perdóname/perdoname), lector, la descortesía...*” Se trata, repetimos, no de ausencia de cortesía, sino del uso de formas indirectas de la cortesía, que, en lugar de anularla, le confieren a esta una tímida o discreta presencia en la obra. En (6) encontramos el vocativo “tácitos amigos”, en un acto de habla que, por tratarse de una aserción, transmite *cortesía negativa*. En este caso, el vocativo mitiga el acto no cortés de la aserción. Volvemos a encontrar el sustantivo ‘amigo’, aunque cumpliendo una función sintáctica diferente del caso anterior. En el de Cervantes, “lector amigo”, el núcleo de la frase vocativa es ‘lector’ y ‘amigo’ es sustantivo en aposición con valor adjetivo respecto a ‘lector’. En el de Borges, “tácitos amigos”, el núcleo es el sustantivo ‘amigos’ con el adjetivo ‘tácitos’ adjunto en función atributiva. La frase “tácitos amigos” transmite una afectividad, pero moderada, debido a que el adjetivo ‘tácitos’ regula el valor afectivo del sustantivo ‘amigos’, como si se dijera: “callados, ignorados, potenciales o hipotéticos amigos”. Aunque estemos ante un auténtico vocativo, nos hallamos de nuevo ante una forma discreta o moderada de la cortesía. A diferencia de (6), en (7) encontramos un vocativo inscrito en un acto de habla de cortesía positiva. Se trata de una oración subordinada en función de complemento

directo, con oración subordinante tácita: (“Deseo que) *Dios te libre, lector, de prólogos largos*”. El modo subjuntivo en que se halla conjugado el verbo ‘librar’ expresa la naturaleza desiderativa del juicio. Es un acto de habla mediante el cual el autor manifiesta un deseo hacia su interlocutor, el ‘lector’. “La cita es de Quevedo...”: aquí se reitera el estilo indirecto del autor. Es como si Borges sintiera pudor por haber incurrido en un acto verbal de contenido más afectivo y personal, y entonces quisiera atenuarlo dirigiendo la atención hacia otro: “...la cita es de Quevedo”. En nuestra opinión, la honradez intelectual de Borges estaba íntimamente ligada a su modestia: “lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o de la tradición”, escribió en una de sus páginas.

3.3 En Ernesto Sábato:

(8) *Querido y remoto muchacho*: “*Querido y remoto muchacho*: me pedís consejos, pero no te los puedo dar en una simple carta, ni siquiera con las ideas de mis ensayos, que no corresponden tanto a lo que verdaderamente soy sino a lo que *querría* ser, si no estuviera encarnado en esta carroña podrida o a punto de podrirse que es mi cuerpo”. (Sabato, 1984: 97)

(9) *Muchachos*: “Te hablo a vos, y a través de vos a los chicos que me escriben o me paran por la calle... (...) Sí, *muchachos*, la vida del mundo hay que tomarla como la tarea propia y salir a defenderla. Es nuestra misión”. (Sabato, 1999: 204).

En (8) y (9) tenemos dos vocativos que participan en enunciados que transmiten cortesía negativa. En (8), el acto no cortés consiste en que el autor responde de manera negativa el pedido de su interlocutor, el “querido y remoto muchacho”; el texto es una carta incluida en la tercera y última novela de Sábato, *Abbadón, el exterminador*. En (9), la cortesía negativa del enunciado depende de su carácter asertivo, que, además, es enfático, ya que está precedido del adverbio afirmativo ‘sí’ y tiene como núcleo verbal una perífrasis de tipo obligatorio: “...la vida del mundo *hay que tomarla* como la tarea propia...”. Por consiguiente, en ambos casos los vocativos mitigan la cortesía negativa de sus enunciados. La atenuación se produce por la carga afectiva de sus componentes; en (8), por el adjetivo ‘querido’ y en (8) y (9), por el sustantivo ‘muchachos’, el cual ocupa un lugar especial y reiterado en la obra de Sábato. En efecto, en diversos lugares de su obra, Sabato le otorga una especial atención a los adolescentes y jóvenes, porque, según el autor, son seres generalmente solitarios, sedientos de verdad y de lo absoluto. No es extraño que en sus dos últimas obras, *Antes del fin* y *Resistencia*, escritas en un estilo epistolar y con un tono intimista, a la manera de un testamento, Sábato señale en varias ocasiones que escribe para ellos, para los jóvenes y adolescentes de todo el mundo, en quienes cifra las esperanzas de un porvenir menos oscuro para la humanidad.

3.4 En Umberto Eco

(10). *Buen lector*: «Pues bien, es probable que haya dicho cosas incoherentes sobre fray Guillermo, como para registrar desde el principio la incongruencia de las impresiones que entonces me produjo. Quizá tú, *buen lector*, puedas descubrir mejor quién fue y qué hizo, reflexionando sobre su comportamiento durante los días que pasamos en la abadía ». (Eco, 1989: 22)

Sería una descortesía hacia la obra de Umberto Eco no incluir en este estudio un ejemplo de sus vocativos, teniendo en cuenta el valioso servicio que su teoría del lector nos ha prestado. He elegido un pasaje en el que se cumple cabalmente su idea de lector modelo. El ejemplo (10) es un fragmento que pertenece al prólogo de *El nombre de la rosa*. Allí, el vocativo *buen lector* equivale, sin duda alguna, a *lector modelo* o *lector ideal*, como lo podrá comprender mejor quien llegue hasta el final de la lectura de la novela. El enunciado sugiere cortesía positiva, dado que se trata de una oración que es, simultáneamente, dubitativa, por el adverbio ‘quizás’, y desiderativa, por la perífrasis verbal ‘*puedas descubrir*’, cuyo verbo modal se halla en presente del subjuntivo. El narrador, Adso de Melk, expresa así el deseo de que su lector llegue a comprender la naturaleza y la obra del protagonista de la historia que se apresta a contar, fray Guillermo de Baskerville. El vocativo «buen lector» no sólo refuerza la cortesía positiva inherente al acto de habla; también sugiere lo que el lector debe hacer para realizar ese deseo de comprensión: leer bien. Parece que el narrador –la máscara del autor– quisiera decirle a su lector, como Cervantes al suyo con el vocativo «desocupado lector»: *si quieres comprender, tienes que leer bien, tienes que ser un buen lector*. Lo que en las «Apostillas a *El nombre de la rosa*» parece mera teoría, aquí es «verbo encarnado»: en ese fragmento, correspondiente al principio de la novela, y con ese vocativo, Eco crea a su lector, como diciéndole: «serás así: serás un buen lector». *En el principio era el verbo...* Así empieza también *El nombre de la rosa*.

BIBLIOGRAFÍA

- BORGES, Jorge Luis. (1989-1994). *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 3 volúmenes.
- CERVANTES, Miguel de. (1990). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Cali: Carvajal,
- CHRISTINY, Alberto. (1993). *Iniciación al latín*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- ECO, Umberto. (1985). *Apostillas a El nombre de la rosa*. Barcelona: Editorial Lumen.
- _____: *El nombre de la rosa*. (1989). Barcelona: Editorial Lumen.
- EDESO NATALÍAS, Verónica. (2005). “Usos discursivos del vocativo en español”. En: *Español actual*, Madrid, n° 84, pp. 123-14.
- FERNÁNDEZ COLINAS, Pedro. (1993). *Compendio de gramática latina*. En: *Diccionario latino-español, español-latino*. León: Everest, p.115.
- GILI Y GAYA, Samuel. (1961). *Curso superior de sintaxis española*. Barcelona: Spes.
- GONZÁLEZ MORENO, J. (1940). *Gramática del latín clásico*. México: Universidad Nacional de México, p.338.
- KERBRAT-ORECCHIONI, Catherine. (1990). *Les interactions verbales*. París: Armand Colin Éd., t.II.
- RAE. *Diccionario esencial de la lengua española*. (2006). Madrid: Espasa Calpe.
- SABATO, Ernesto. (1984). *Abbadón, el exterminador*. Bogotá: La Oveja Negra.
- _____. (1999). *Antes del fin*. Argentina: Seix Barral.